

## **IV Domingo de Cuaresma (27-03-22)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

En el Domingo de la Alegría, todos nos venimos a unir en el Señor que nos acoge. Y hoy, especialmente, acogemos en esta Santa Catedral a nuestra querida Pontificia Universidad Católica del Perú, que llega a sus 105 años de existencia.

Saludamos a su rector, a sus vicerrectores y a todas las autoridades aquí presentes, todos los decanos, todos los que conforman las direcciones de los directorios y de los institutos, y también a las autoridades civiles aquí presentes. Nos unimos en oración, dándole gracias al Señor por todos los dones recibidos, unidos a los obispos que están aquí presentes, especialmente el Sr. Nuncio Apostólico.

Con inmensa alegría los recibimos hoy día y hacemos fiesta. Quizás tendríamos que ponerles también el anillo que, en la Parábola que hemos escuchado, representa la bondad inmensa de Dios que nos acoge, inclusive, siendo pecadores, como en el caso concreto del hijo pródigo que ha lapidado toda la hacienda y ha pedido por adelantado su herencia, la ha vilipendiado y ha rechazado al su padre.

Ustedes vienen a esta Catedral amados por el Padre, pero no porque hayan hecho los daños que hizo el hijo pródigo, sino, más bien, imitando a Jesucristo, ustedes fueron destinados, como todos nosotros en la comunidad universitaria que formamos en la Católica, a una misión: la de mezclarnos con las inquietudes de los tiempos y los problemas de nuestro país para comprenderlos, reflexionarlos, y tratar de guiar y educar para que exista una esperanza, dentro de nuestra Patria, con la pequeña semilla del Evangelio. Y ahora que vienen aquí, no lo hacen propiamente como pecadores, sino como aquellos que

pueden ser considerados pecadores por ciertas personas que no comprenden la importancia de la misión en la Iglesia.

Así como se fundó nuestra universidad en tiempos de un Papa misionero, (como se le llamaba a Benedicto XV), así también, hoy día, nuestra universidad ha recuperado su misión y ha sido reconocida por un Papa también misionero, el Papa Francisco. Y podemos decir que, para poder vivir nuestra misión, necesitamos mezclarnos. Y para mezclarnos necesitamos ser como Jesús, el cual, no conociendo pecado, textualmente dice en la Carta de San Pablo: “a el que no conocía pecado, **Dios lo hizo pecado**” para liberarnos a todos del pecado; porque Jesús también regresó después de una larga misión, y la fama que tenía no era muy buena, porque se le consideraba una persona que había puesto los puntos sobre las íes en su país, y había mostrado el cariño y la generosidad de Dios, cosa que no le gustó a los sacerdotes de su tiempo.

Por eso es que, entre todos nosotros, existen mezclas como las que tuvo que hacer Jesús; y si ustedes notan al inicio de la Parábola, los fariseos lo acusaban de “juntarse con publicanos, pecadores” y prostitutas. Y Jesús les dice esta Parábola para que comprendan que la misión del misionero, del que va a anunciar el Evangelio en distintas situaciones y, en especial, en la compleja situación del mundo que nos ha tocado vivir desde 1917 hasta la actualidad, implica necesariamente el que podamos conversar, debatir, acoger y vivir como el Padre celestial también acoge al pecador.

Por eso, ahora, llenos de alegría por recibirlos, lo hacemos no como al hijo pródigo, sino como Jesús es recibido por el Padre celestial. En una preciosa imagen de la Trinidad que está en la parte más alta de la Iglesia de San Lázaro, cuando llega Jesús están sentados el Padre y el Hijo, y el Padre abraza a Jesús proveniente de la dura misión cumplida. De igual manera quisiéramos acogerlos con los brazos abiertos,

darles gracias por toda la misión realizada y todo el esfuerzo que han hecho. También quisiéramos pedirles perdón por las veces que no supimos comprender, como Iglesia de Lima, la gran labor que ustedes y nosotros realizamos.

Esta imagen nos hace pensar que nuestro país está muy necesitado de esa capacidad de acoger. Y acoger como cristianos a todos sin diferencias, pero especialmente a los que están más confundidos, a los que sufren, a los jóvenes que necesitan orientación, y resolver las preguntas que tienen con respuestas adecuadas y justas.

Necesitamos comprender también por qué los poderes enloquecen, por qué ambicionan y tratan de despedazar de mil modos a nuestro país. Desde los orígenes de nuestra Patria, los pensadores católicos que ayudaron a enfrentar esa tragedia que fue el caudillismo, fueron hermanos nuestros que aportaron la idea de un Estado en donde el bien común se defendiera.

Hoy, necesitamos no solamente que el Padre nos acoja, necesitamos instituciones oficiales del Estado que sean el lugar de acogida de todos los peruanos. Y por eso, esta es la imagen que conservamos los católicos, los cristianos, como fundamento de la humanidad, porque somos amados del Padre.

El Santo Padre dijo hoy en el Ángelus que Dios siempre perdona, siempre llama a acoger a todos, no hace distinciones de personas, y por eso ama también al hijo mayor que, aunque ha estado con él, tiene eso que llama el Papa: “una rigidez hacia el prójimo, que ya no se ve como hermano”, una rigidez para comprender las cosas, porque se basa, básicamente, en los mandamientos, y no comprende las relaciones de amor que nos surcan a todos.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy es un día de inmensa alegría, porque podemos juntos iniciar esta nueva etapa en

nuestra historia donde se puede realizar aquello que hoy día también dice San Pablo (2 Cor 5, 17-21): “Somos una criatura nueva, lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado”. Por eso, en este periodo nuevo que comenzamos, podremos, entre nosotros, con este pequeño ejemplo de entendernos, de perdonarnos y de pedirnos perdón, podemos poner la semilla de un país que necesita la capacidad de reconciliarse, pero que debe hacerse también con justicia, con verdad y no como componenda. Es necesario superar cantidad de ambiciones que tenemos, pero que vienen de la locura, de la desesperación o de tapar algún error o alguna cosa mal hecha, o en su defecto, de ambicionar más de la cuenta.

El pecado es eso, el egoísmo. Y ese egoísmo se puede superar si es que, abiertos, podemos dialogar y comprender yendo al fondo de las cosas, no para quedarnos en el vacío de una simple componenda o un simple diálogo superficial.

Que este camino que han hecho durante estos 105 años pueda hacer posible que retomemos el camino de nuestros primeros fundadores de la Patria, en donde instituyeron una república participativa y no solo representativa, en donde nos dieron la pieza del bien común que ha hecho que el país y sus instituciones estén fundados siempre sobre algún mártir. En nuestro país a los héroes les llamamos mártires y a los mártires le llamamos héroes, confundimos las cosas. Siempre me fue un poco extraño que en otros países llamen héroes a los que ganan guerras, a los triunfadores. Pero nosotros llamamos “héroe” al que entrega su vida. Y si bien nuestras instituciones no lucen totalmente adecuadas, tienen un fundamento al cual podemos siempre volver, podemos renacer, reengendrar algo nuevo, porque hay un buen fundamento, el martirio por una causa justa.

También así ha sido con la PUCP, con el Padre Jorge Dintilhac, con el Padre Mc Gregor, y con varios de los

rectores laicos, algunos aquí presentes, que nos han enseñado cómo se trajina todos los días para hacer posible un testimonio cristiano en medio de los horizontes culturales más complejos y las dificultades más grandes que estamos viviendo.

Que Dios los bendiga, proteja y acompañe. Y que siempre nos den a todos el aliento de una institución que ya va siendo señera en nuestra Patria, porque hemos aportado lo que estaba dado desde la independencia, pero que hoy día, a través de nuestra semilla, continúa como una esperanza que va a encender la *luz que brilla en medio de las tinieblas*.

Gracias, hermanos y hermanas por este día maravilloso. Gracias por estar trabajando juntos. ¡No se amilanen! ¡Sigamos adelante! Inclusive pecadores como somos, porque el Señor nos alienta y nos da su fuerza para salir de todos los entrampamientos.